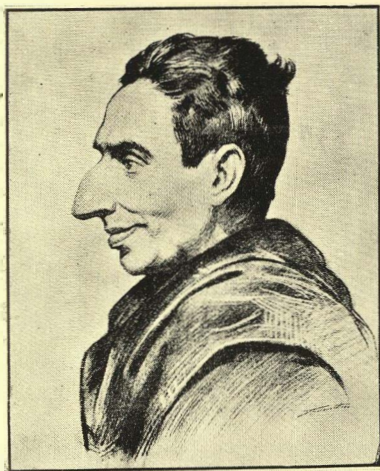


# Eduardo Castillo



Eduardo Castillo aparece en la ventana de nuestra poesía, en los primeros años de este siglo. Valencia, Darío, Amado Nervo, Chocano, Lugones, Herrera Reissing, los dioses mayores del *modernismo*, formaban con su diverso acento fulgurante, la voz total de ese gran instante lírico de América. La embriaguez verbal, la suntuosidad parnasiana, la orquestación colorista, la brillantez preciosista, ejercían un hechizo invencible sobre la generación de poetas que les siguió. Pocos de entre ellos se salvaron. El *rubendarismo*, vestido de colorinescos oropeles, alimentado con las sobras del fastuoso banquete *modernista*, hinchado de grandilocuencia y vaciedad, torció y corrompió auténticas vocaciones, extravió con su engañosa pirotecnia a muchos desprevenidos nautas de la

belleza. Y se instauró el fugaz imperio de la simulación poética. Una falsificada prolongación, a base de trucos formales, de lo que fue caudalosa, inigualada vena de cántico en el «Padre y Maestro mágico, liróforo celeste».

Por esto tiene algo de asombroso el caso de Eduardo Castillo quien con seguro tacto y sensibilidad vigilante supo eludir ese aire infestado de líricos perfumes baratos, embobado por los irisados cohetones de los *poetisos* venidos a más por obra y desgracia del mal gusto ambiente.

Yo definiría a Eduardo Castillo diciendo que es, en nuestra poesía, la flauta de blanquísimo acento. Dueño de una pequeña parcela de viento, nutrió con ella su voz que nos dibuja una de sus obras más puras, señeras y decisivas de nuestra literatura.

Su mundo es el inasible mundo de lo suave. La región de la sonrisa, de la nostalgia, del vago matiz, de la encantada sugerencia. Toda su obra es como un parado atardecer divino. Poniendo al revés una expresión famosa podríamos decir que allí hasta la misma tristeza es levemente alegre. Su poesía habita en la dichosa zona de la penumbra, del sabio tono menor, del alquitarrado sentimiento, del suspiro inadvertido, del insinuado llanto, de la saudosa ausencia, del aleante presentimiento y la fragancia dulcemente congajadora.

Lejos de allí la roja palabra, el herido lamento, el incendiado caudal tumultuoso de la sangre. Lejos el violento decir, el grito llameante, el minuto cenital de la pasión, la voz revuelta contra el cielo. Allí, apenas el imperceptible estremecimiento, la delgada ternura como aroma, la confidencia a media voz.

La mujer pasa como una leve, fina visión: inasible cuerpo de brisa, la voz como hebra azul de sonido, como huella de ángel y, deslizada sobre los hombros, la tarde trenzada en las trenzas que parecen dos paralelas de nostalgia y suspiro. Es la infanta cautivada en su alcázar de niebla, con el alma bordada de sueños y plegarias. Es Beatriz paseando por una blanca pradera «con un dejo de azucena que piensa». Es Leonora en su ventana perdida entre las nubes, de tan alta. Es aquella mujer que avanza delante de las horas lejana, perfecta, ingravida como un arquetipo platónico. La mujer, una y múltiple.

Eduardo Castillo, dueño de una intensa cultura, prosador de agudas prosas, poeta de poéticas poesías, es ya un signo permanente de las letras nacionales.